

## Reseñas

# El ladrón de mitos

Francisco SÁNCHEZ PÉREZ

Madrid, Tabla Rasa, 2005.

Mientras trabajaba sobre *El ladrón de mitos* inicié la lectura de *Abril rojo* de Santiago Roncagliolo. La lectura cruzada de las dos novelas, con el terrorismo de sendero luminoso de trasfondo, ha sido más que una casualidad (al margen de las fechas de publicación<sup>1</sup>) un acto dirigido. Buscaba en ellas un acercamiento a la sociedad peruana actual, que combinara perfectamente el papel protagónico del miedo con el misterio y lo cotidiano de las principales ciudades de Perú. Aunque no me voy a extender en compararlas o elaborar una crítica literaria, traigo a colación *Abril rojo* por las resonancias que deja en la obra de Fco. Sánchez. Lo que en ésta queda desdibujado, colocado a modo de atrezo en algunos capítulos, en aquélla dirige y domina toda la trama. Las entrañas del terror, el miedo impregnado en cada esquina de Perú sirven a S. Roncagliolo para escribir un thriller moderno. La obra de Fco. Sánchez no versa sobre terrorismo, sino sobre la “Ilusión de la Antropología”; ilusión como imaginario inalcanzable de lo que pudo ser y no fue, como pantomima, como deseo; *illusio* como esa forma particular de creencia, «que no pertenece al orden de los principios explícitos, de las tesis que se plantean y se defienden, sino a la acción, la rutina, las cosas que se hacen, y se hacen porque se hacen y porque siempre se han hecho así» (P. Bourdieu, 1999: 136)<sup>2</sup>.

Fco. Sánchez quiso escribir una novela con el material etnográfico que había recogido durante su estancia en Perú. Decisión difícil por su parte, sobre todo por desafiar los cánones estableci-

dos en la profesión y utilizar los datos del trabajo de campo para crear personajes dentro y fuera de la ficción. No obstante, la posición de partida del autor es clara, su intención era «novelar la Antropología», pese a las dudas e inquietudes que esta tarea de «novelar asuntos que me habrían llevado a pasar un año en tierras andinas, a partir de un material de campo realizado en clave de disciplina académica» pudiera despertar entre la ortodoxia de la comunidad antropológica. El lector de su obra tratará continuamente de destilar la realidad de la ficción; los datos objetivos recogidos en el campo, de la recreación imaginativa. Algo que se antoja cuando menos difícil, sobre todo porque los personajes, situaciones, diálogos son parte de la experiencia del autor (cuyos caracteres aparecen en la novela hiperbolizados, liberados de la fijación al dato objetivo), al igual que en la ficción «las personalidades de los protagonistas se derivan de aspectos de la personalidad del autor» (Leach, 1989)<sup>3</sup>.

Los límites entre la Antropología y la Literatura, la cuestionada posición del antropólogo como escritor son temas planteados ya a mediados de los años ochenta por los llamados antropólogos postmodernos. Dos son los textos básicos donde la cuestión de la «textualidad» de la Antropología, la influencia de la teoría literaria en la interpretación de los textos antropológicos, el papel del antropólogo al escribir una monografía y la comunión de la disciplina con la Literatura, han sido abordados. El primero, *Writing culture. The Poetics and Politics of*

<sup>1</sup> Fco. Sánchez (2005). *El ladrón de mitos*. Madrid, Tabla Rasa. Santiago Roncagliolo (2006). *Abril rojo*. México, Alfaguara.

<sup>2</sup> Pierre Bourdieu (1999) *Meditaciones pascalianas*. Barcelona. Anagrama.

<sup>3</sup> Edmund Leach, «Writing Anthropology». *American ethnologist* 1989, vol 16. n°1: 137-141.

*Ethnography* editado por James Clifford y George E. Marcus en 1986<sup>4</sup> es una recopilación extensa, revisada y mejorada de las ponencias dictadas en el seminario sobre la producción de textos etnográficos que tuvo lugar en Santa Fe, Nuevo Mexico en Abril de 1984. El otro libro, *Modernist Anthropology. From Fieldwork to Text* editado por Marc Manganaro en 1990<sup>5</sup> es también una obra conjunta donde, según comenta su editor en la Introducción, se practica un análisis de la discursividad presente en la escritura antropológica en tanto que «anthropological theorist have adopted literary criticism's orientation toward the text» (Manganaro, 1990: 3). Las semejanzas entre ambos libros no es desdeñable; se centran en cuestiones de alta sensibilidad dentro de la Antropología como la retórica, las formas narrativas, la autoría y los discursos sobre el Otro —consideradas metas interpretativas, deplorables por aquellos que sitúan la disciplina por encima y en contra de géneros literarios menos especializados como los libros de viajes o las memorias personales (Pratt, 1986: 27)<sup>6</sup>—; se componen de autores procedentes del ámbito literario, la Literatura Comparada y la Antropología y se publican en fechas muy cercanas (1986-1990). Aún así, las diferencias también persisten, sobre todo porque los autores de *Modernist Anthropology* son principalmente teóricos literarios que interpretan los textos de antropólogos modernos (entre 1900 y 1945), a la luz de la crítica literaria, mientras que en *Writing culture*, los autores son sobre todo antropólogos que han innovado/experimentado en la escritura etnográfica sometiéndolo sus trabajos al análisis de las distintas formas de producción textual.

Entre otros estudios que abordan directa o parcialmente esta temática destacan *Works and Lives: The Anthropologist as Author* de C. Geertz y *Anthropology and Autobiography* editado por Judith Okelly y Helen Callaway<sup>7</sup>. En ambos, la observación participante, las relaciones con el Otro y la conciencia del antropólogo que se enfrenta a su texto, dejan de ser meros aspectos

metodológicos para convertirse en la temática central. A mi modo de ver, la cuestión en toda esta corriente postmoderna dentro de la Antropología que trasciende los límites de la disciplina y coquetea con la teoría literaria y la poética cultural, no es dudar de la importancia que tiene para la producción etnográfica ni tampoco criticar éticamente cuánto de verdad o de ficción sobre interpretación hay en las etnografías, sino celebrar el hecho de que la Antropología haya abierto la posibilidad de pensarse a sí misma como una forma de escritura y tomar en consideración las implicaciones que se derivan de ello.

Bien mirado, estos temas tienen poco de novedoso, Levi-Strauss decía que *Tristes tópicos*<sup>8</sup> era una obra literaria pensada para ser leída por los intelectuales en general y no tan sólo por antropólogos. Y en efecto, el ritmo y la prosa de la obra invitan a una lectura relajada, sorprendentemente deleitante. La misma impresión tuve cuando me crucé con la obra de Pierre Clastres traducida al inglés<sup>9</sup>. La calidad de la prosa, transparente y vivida, llama la atención no solo de los lectores, sino también de su traductor, Paul Auster, cuando destaca el humor, el rigor intelectual, la compasión, el detalle de las observaciones en toda su obra: «Clastres's prose seemed to combine a poet's temperament with a philosopher's depth of mind...» (1998: vii). La misma pasión que pone Clastres en su obra la vuelca Auster en sus notas. Las palabras de Auster son una magnífica y sensible alabanza de las destrezas literarias de P. Clastres por saber contar al lector las relaciones con los Otros, las experiencias del trabajo de campo y las diferencias culturales con un estilo depurado y bello. Agradece además al autor su atrevimiento porque «He is the rare scholar who does not hesitate to write in the first person, and the result is not just a portrait of the people he is studying, but a portrait of himself» (ibid).

En *El ladrón de mitos* encontramos muchos de los componentes analizados con anterioridad. El autor es antropólogo, «le acosan fantas-

<sup>4</sup> James Clifford y George E. Marcus (1986): *Writing culture. The Poetics and Politics of Ethnography*. University of California Press.

<sup>5</sup> Marc Manganaro (1990) *Modernist Anthropology. From Fieldwork to Text*. Princeton University Press.

<sup>6</sup> Mary Louise Pratt «Fieldwork in Common Places» en James Clifford y George E. Marcus (1986). *Writing culture. The Poetics and Politics of Ethnography*. University of California Press.

<sup>7</sup> Clifford Geertz (1997) *El antropólogo como autor*. Barcelona, Paidós. Judith Okelly y Helen Callaway (1992) *Anthropology and Autobiography*. Londres, Routledge.

<sup>8</sup> Claude Levi-Strauss (1955) *Tristes Topiques*. París, Plon.

<sup>9</sup> P. Clastres (1998) *Chronicle of the Guayaki Indians*. Nueva York, Faber and Faber (traducción de Paul Auster).

mas literarios» —como reconoce en la nota a la primera edición—, pasó sus aventuras durante el trabajo de campo<sup>10</sup> y su obra se ha caracterizado por una preocupación constante sobre los símbolos, la semiótica, la representación. Prueba de ello han sido su monografía sobre Casarabonela<sup>11</sup> y varios artículos publicados sobre el espacio y sus símbolos<sup>12</sup>, reseñables no sólo por las reflexiones teóricas sino por los recursos estilísticos que utiliza y lo bello de su prosa. En la obra que comentamos, Fco. Sánchez aborda con intensidad cuestiones metodológicas y epistemológicas en el campo de la Antropología Social que se entrelazan en la trama novelística ambientada en tres escenarios diferentes. París y Cuzco son los puntos cardinales donde se mueven los personajes. Cayetano Aljamia profesor de Antropología en la Escuela de Altos Estudios de París, viaja a Perú y después de 16 años de ausencia le dan por desaparecido; lo único que queda de él es un manuscrito titulado *El ladrón de mitos*. Tánger es el lugar donde Cayetano inició su trabajo de campo 20 años atrás, bajo la dirección de El Viejo Totem, pero que nunca concluyó, y es además, el lugar que acecha los recuerdos del protagonista, y que revive no ya como un lugar geográfico sino como el punto de partida de un viaje interrumpido y ahora retomado. Un viaje intelectual abrupto y corto debido a las innumerables disquisiciones éticas con las cuáles se enfrenta Cayetano cuando le incomoda su posición de observador al cruzar la línea que le separa de los Otros; un viaje inconcluso, al abandonar el trabajo de campo; un viaje muchas veces imaginado, como tantos otros, pero que esta vez tiene un destino final más allá de las fronteras geográficas y los límites académicos. Mientras tanto, la temprana crisis de la experiencia en el campo de Cayetano le lleva a una mediocridad intelectual y personal que pasa desapercibida al estar cobijado bajo el ala de «El Viejo» pero que acaba agriando su carácter y apagando su entusiasmo por las responsabilidades académicas. El viaje de Francia a Perú le hace afrontar situaciones (de terror, violencia, hambre, racismo...) con propiedades terapéuti-

cas, que terminan siendo un bálsamo de reconciliación y de paz consigo mismo, con su pasado y con la Antropología.

El concepto del viaje tiene una importancia central en *El ladrón de mitos*, no sólo porque a través de este viaje atendemos a la transformación y crecimiento del personaje, sino porque el cambio de escenarios (Tánger, París, Lima, Cuzco, Nevado de Ausangate) le permite al autor introducir temas que quedarían descontextualizados de otra forma. Los escenarios de la novela no son imaginados, muchos de ellos forman parte de la experiencia de trabajo de campo del autor, recreados con mayor o menor aproximación a la realidad, algo que contribuye a la frescura de las descripciones y a la prolijidad de los detalles. La vida académica y sus miserias, por ejemplo, se repite allá donde las luchas por el poder están presente, bien sea la Escuela de Altos Estudios de París o en el Instituto de Antropología de Cuzco, y está tan bien dibujada que se diría que el autor tiene ya muchas batallas a sus espaldas. Otro de los temas que abre este viaje es el diálogo cultural que Cayetano entabla con los distintos personajes de la novela: la chuncha, una «hippie trasnochada» provista de una retórica y un sentido común y práctico descarados, Hugo, el antropólogo ecléctico, «vendedor de exotismo cultural» eventual y brichero de profesión, Lucho, colega de Universidad abocado al ejercicio de la cooperación internacional por puro pragmatismo, Ivonne, su alter ego, siempre en la sombra y siempre presente, El Viejo, arquetipo de cualquier departamento académico que se precie, y Toribio, el informante fiel y acérrimo guardián cultural, eco del pasado que le sirve para conectar con el presente. Todos ellos, al plantear situaciones diversas en torno al estatus del antropólogo (científico social) versus a un profesionalismo antropológico descafeinado (la pantomima turística, la cooperación lucrativa, el academismo profesional), y en tomo a la práctica antropológica (Yo, los Otros, el intercambio de comunicación y demás), desmontan, de una manera u otra, muchas de las convicciones —y estereotipos— de Cayetano. Véase si no lo mal

<sup>10</sup> Algo que según Lévi-Strauss no tiene cabida dentro de la profesión del etnógrafo, a pesar que sus textos dejan traslucir lo contrario (C. Lévi-Strauss, 1955:13).

<sup>11</sup> Fco. Sánchez Pérez. *La liturgia del espacio. Casarabonela: un pueblo alfamiado*, (1990) Madrid, Nerea.

<sup>12</sup> Fco. Sánchez, «El espacio y sus símbolos. Antropología de la casa andaluza» en JC Lisón Arcaret alt (1990) *Espacio y cultura*. Madrid) Coloquio. Fco. Sánchez «El espacio y sus símbolos. Antropología de la casa andaluza», REIS, 1990 (nº 52. oct-dic).

parada que sale la Antropología en la discusión dialéctica entre el antropólogo convertido en líder guerrillero y Cayetano:

— A una Antropología concebida por románticos trasnochados, que primero fue la alcahueta del colonialismo para convertirse después en mamporrera del imperialismo; a una Antropología que hoy no es más que el *modus vivendi* de un colectivo de pequeño-burgueses que danza alrededor del fuego fatuo de un otro que sólo existe en sus cabezas. A esa Antropología sí que he renunciado.

— Para caer en la enajenación.

— Es el riesgo que hay que correr para no quedar aprisionado en la jaula del ensimismamiento.

Los diálogos son píldoras con las que el autor va dosificando el trasfondo moral —¿podríamos decir moraleja?— de la novela, un cuestionamiento de la Antropología como ciencia, sus fines y los medios para conseguirlos. Las reflexiones de los protagonistas inciden directamente sobre los planteamientos que nos hacemos como antropólogos, cuando analizamos nuestra práctica y teorizamos sobre la disciplina, y tienen —a mi modo de ver— una utilidad como autocrítica, aunque aparece reiterativamente en la novela. En ese sentido, la obra vislumbra una finalidad divulgativa y pedagógica, consciente o inconscientemente buscada por el autor, que puede ser de provecho en el ámbito académico. La cuestión del Otro, el relativismo cultural, la subjetividad, los límites de la escritura etnográfica van salpicando los capítulos de la obra, a veces en un tono provocativo y desafiante abriendo más incertidumbres que resolviendo dudas. Por ejemplo, en la página 234, al abordar la ética del intercambio comunicativo (desigual, interesado) entre el antropólogo y los informantes, el autor escribe:

«un encuentro en el que los sentimientos han ocupado un lugar, como corresponde a toda relación que no renuncia a ser humana, incluso a riesgo de dejar de ser antropológica, en el que ningún yo ha pretendido imponerse al otro, ni cambiarlo, ni inventarlo, ni mucho

menos aniquilarlo para crear uno nuevo o modelarlo para que responda a intereses académicos o profesionales. No. El suyo ha sido un diálogo libre, no forzado, en el que los pastores han hablado con voz propia. Ese libro será la prueba de que es posible escapar a la fatal paradoja que subyace en la relación entre el yo y el otro en el juego antropológico: sé tú mismo, pero a condición de que lo seas como yo te pienso».

Cayetano, corporeiza, por así decirlo, la historia de la Antropología. Es el paradigma de una ciencia joven; es entusiasta, bien formado intelectualmente, devoto del trabajo y con metas muy amplias. Sus recuerdos y comentarios (sobre la pareja de cóndores —Margaret y Bronislaw—, sobre el último capítulo de *Tristes Tópicos* —«Un vasito de ron»— o acerca de Robinson Crusoe de M. Toumier —*Vendredi ou les limbes du Pacifique*<sup>13</sup>—) son guiños con los que el autor se hace más presente (a modo autobiográfico) en el texto y nos sitúa en la historia de la disciplina. Un historia que parece continuar con la lección magistral que Ivonne, su colega de Departamento en la Escuela de París y futura directora, prepara para la ocasión: «La ilusión de la Antropología». Una ilusión, como decíamos antes, cuyo significado deja sin aclarar el autor.

La obra concluye cuando Cayetano después de haber recopilado material sobre las creencias acerca del ñakak (el hombre del saco, el sacamantecas, el pistako) se despide de los pastores y se dispone a cumplir con la Antropología sacándose la espina que se le atravesó de joven cuando abandonó el Sáhara. Esta vez sí escribiría una monografía, aunque los sucesos posteriores (roban a Cayetano todos los datos etnográficos y una vez recuperados éste los quema) dejan sin definir en qué lado de la línea colocamos *El ladrón de mitos*, y si Cayetano, al igual que Fco. Sánchez, ha optado también por novelar la Antropología.

Susana CASTILLO  
Dpto. de Antropología Social

<sup>13</sup> Michel Tournier (1972) *Vendredi ou les limbes du Pacifique*. París, Gallimard.